

## AGENDA CIUDADANA

### LA DEMOCRACIA, SUS ENEMIGOS Y DESERTORES Lorenzo Meyer

**Vulnerabilidad.**- De tarde en tarde, todo régimen político se ve bajo el ataque de sus enemigos. Estos pueden ser públicos y abiertos –los enemigos naturales--, pero también encubiertos y, a veces, inesperados, como, por ejemplo, los desertores: los que abandonan las reglas del juego que una vez aceptaron pero que posteriormente rechazan en favor de otras que sirven a sus intereses y no al régimen. La actual crisis política mexicana, esa que ha llevado al choque abierto entre el gobierno federal y el de la ciudad capital de cara a las elecciones del 2006, es resultado de un enfrentamiento en torno a las reglas básicas del juego político. Del resultado de este choque depende hoy la viabilidad de la joven democracia mexicana.

La teoría y, sobre todo, la propia experiencia histórica, demuestran que, en principio, ningún sistema democrático está a salvo de retrocesos o de crisis que pueden arruinarlo, especialmente en su etapa inicial, cuando es particularmente vulnerable. En el caso de México, el peligro de involución política ha dejado de ser mera posibilidad para convertirse en algo real. Si la sociedad mexicana no reacciona de manera enérgica, el proceso de democratización que alcanzó una cima en el año 2000, corre el riesgo de entrar en una etapa que los teóricos llaman “desdemocratización”, situación que ya se experimenta en algunos de los países que fueron parte de la antigua Unión Soviética. Rusia, por ejemplo, si bien no está de regreso al pasado totalitario, tampoco está marchando por la ruta prevista y deseable: la que lleva a la creación y consolidación de instituciones que aseguren el libre acceso de todos a la arena política, una división real de poderes, moderación en el ejercicio del poder del Estado y la correcta impartición de justicia.

Para adentrarnos en un tema tan delicado como es la posibilidad de que se produzca una “desdemocratización” mexicana, conviene partir de un hecho que, no por obvio, deja de ser importante: desde sus orígenes hace más de dos milenios y medio, la democracia siempre ha tenido adversarios fuertes, al punto que por largos períodos de la historia, simplemente desapareció de la faz de la tierra. En el caso del México contemporáneo, el experimento democrático, precisamente por ser tan nuevo y por darse en el seno de una sociedad con una tradición autoritaria centenaria, tiene menos defensas que otros para hacer frente a situaciones adversas y a los intentos de sus enemigos de usar el poder mismo del Estado para limitar las opciones en la consulta sexenal del próximo año.

La Democracia en su Definición Mínima.- Limitar las opciones electorales es atacar a fondo a la democracia y hacerla irrelevante, incluso en su sentido mínimo. Si se salen con la suya quienes hoy buscan bloquear las oportunidades de la izquierda en las urnas, entonces México no podrá ser calificado de democrático. Veamos.

En plena II Guerra Mundial, Joseph Schumpeter, un economista austriaco radicado ya en Estados Unidos, elaboró una teoría mínima de la democracia que se centra en los procedimientos políticos. En efecto, según Schumpeter, la esencia de esa forma de gobierno supone, básicamente, que en períodos determinados y con reglas previamente acordadas, todos los ciudadanos son convocados para que, mediante la libre emisión de su voto, expresen su preferencia entre las opciones que les presenta el sistema de partidos. Ahora bien, para que al menos esta definición mínima de la democracia tenga sentido, es requisito insustituible que las personas y partidos que aparezcan en las boletas, reflejen bien las opciones ideológicas que efectivamente existen en la sociedad en cada época. Si alguien manipula el proceso electoral y deja fuera a determinado personaje y programa que encarna una opción política sustantiva, entonces puede haber elecciones pero no

democracia. Y es justamente eso lo que hoy está en juego en México, la inhabilitación de Andrés Manuel López Obrador como candidato presidencial el año próximo –el “pararlo a como de lugar” que uno de sus rivales propuso-- es lo que explica el enorme esfuerzo desplegado por el gobierno de Vicente Fox en contra del político tabasqueño.

Los Enemigos Impersonales de la Democracia.- Hay que reconocer que hoy, sin necesidad de que nadie se proponga inhabilitar al rival, la democracia mexicana ya pasa por una situación difícil. Las circunstancias objetivas son poco propicias para el arraigo de esa delicada forma de legitimar el ejercicio del poder.

Lo adverso de las condiciones para la democracia mexicana se encuentra, además de en su historia (no hay experiencias sustantivas de las cuales echar mano), en el mal comportamiento de las variables económicas. Es verdad que el año pasado el crecimiento del PIB fue superior al 4%, pero no hay posibilidad en el corto plazo de alcanzar ese 7% que se considera la meta mínima para crear los empleos que la fuerza laboral del país demanda. Por otra parte, no debe olvidarse que este impulso positivo del PIB estuvo precedido por varios años de estancamiento, lo que hoy explica la sensación colectiva de inconformidad y desaliento. Teóricos como Adam Przeworzki y Fernando Limongi han encontrado que es particularmente difícil que la democracia se desarrolle con vigor en sociedades donde el ingreso per capita promedio no es superior a los seis mil dólares anuales, (“Modernization: Theories and Facts”, *World Politics*, Vol. 49, pp. 165). Pues bien, en nuestro país, ese indicador económico clave, apenas si sobrepasa el monto considerado como crítico: en el 2004 fue calculado en 6, 419 dls. Estamos, por tanto, en el límite de lo peligroso. En nada ayuda al buen funcionamiento de la política, el que la distribución de esa riqueza sea tan inequitativa que la mitad de la población esté clasificada como pobre, pero que, a la vez, haya fortunas familiares superiores a los 20 mil millones de dls. La igualdad

democrática no puede funcionar de manera óptima en un entorno dominado por una desigualdad material tan notable.

El único aspecto importante de nuestro entorno que hoy trabaja a favor de la preservación de la democracia, es el ambiente que domina en el sistema internacional desde que concluyó la Guerra Fría. En ese ancho mundo de la globalización, hoy difícilmente habrá simpatía pública por la eliminación de la candidatura de uno de los contendientes mediante la manipulación de instrumentos que pueden aparecer como legales en la forma pero que no gozan de legitimidad.

Los Enemigos Personales de la Democracia.- Ahora bien, la principal amenaza al futuro inmediato de la democracia en nuestro país no proviene de la economía, la estructura social, la historia o la política exterior, sino de la decisión de un segmento muy importante de la clase política de instrumentar una maniobra cuyo fin es impedir legalmente que el Jefe de Gobierno del Distrito Federal mantenga su cargo y, sobre todo, que llegue a aparecer en la boleta electoral.

En México no existe ya partido alguno que abiertamente se oponga a la democracia como el marco dentro del cual se deben conducir los grandes asuntos políticos del país. Y esto es natural, pues en la mayor parte del planeta, la legitimidad del régimen democrático simplemente no tiene rival, al punto que incluso sistemas antidemocráticos —notablemente China— se dicen democracias. Sin embargo, el partido que tiene en su poder la mayoría relativa en el congreso federal, así como la mayoría de los gobiernos estatales y municipales, --el Partido Revolucionario Institucional (PRI)--, es una estructura de esencia autoritaria. Y es precisamente ese partido el que decidió, en una decisión política, apoyar al partido del gobierno para despojar a López Obrador de su fuero y permitir que la maquinaria de la Procuraduría lo ponga en manos de un juez por una acusación que, en circunstancias

normales, hubiera recaído en el responsable directo de la pequeña obra urbana que dio motivo a un amparo que no se cumplió con la prontitud debida. Al PRI le conviene inhabilitar al Jefe de Gobierno, pues elimina al candidato más popular y le da mas posibilidades a su vieja pero funcional maquinaria electoral de sobreponerse al partido hoy en el poder, el Partido Acción Nacional (PAN).

El otro enemigo soterrado de la democracia política mexicana se encuentra en los grupos empresariales que temen que un triunfo de López Obrador signifique tres cosas que pueden afectar sus intereses económicos: investigaciones sobre corrupciones sustantivas en el pasado inmediato, negativa a la privatización del sector energético y una política fiscal redistributiva. Claro que, en público, ese sector argumenta su desconfianza frente al posible candidato del PRD como oposición a un “gasto irresponsable”, ejemplificado por los subsidios en el D.F. a los mayores de setenta años.

Desde luego que nadie se puede llamar a sorpresa por el hecho de que el PRI y los grandes capitales apoyen la eliminación legal del Jefe de Gobierno del D.F. aunque a la maniobra le falle la legitimidad. Suponen que el poder del Estado puede contener el descontento y a la larga mantener el *status quo*. Lo que resulta más dramático es la posición del presidente Vicente Fox y del PAN, pues su empeño por evitar confrontarse con el tabasqueño en las urnas, equivale a una deserción de las filas de la democracia.

Los Desertores.- De un Vicente Fox que como candidato a gobernador por Guanajuato vio como el gobierno de Carlos Salinas fabricó un gran fraude primero, y luego como llegó a un acuerdo con los dirigentes de su partido para negarle a él personalmente una segunda posibilidad de encabezar el gobierno estatal, se podían esperar muchas cosas, menos que encabezara una maniobra para predeterminar su sucesión, maniobra similar en espíritu a aquellas empleadas por Salinas. Alguien puede argumentar que no es

precisamente Fox la cabeza de una maniobra cuyo resultado final puede destruir la esencia del mínimo de democracia necesario para que eche raíces en México. Muy bien, pero si la razón de este intento de timo son intrigas palaciegas o de alcoba, la responsabilidad última recae en el jefe del Poder Ejecutivo, en la cabeza de toda la maquinaria del Estado que desde hace meses ha dedicado lo mejor de su energía no ha resolver los problemas mayúsculos del país, sino a predeterminedar, mezquinamente, el resultado de las próximas elecciones presidenciales.

La falla personal del presidente, aunque grande, no se compara con la falla mayor: la del PAN. Ese partido cuyos diputados federales votaron con una disciplina ejemplar para quitarle el fuero al Jefe de Gobierno pero que unos días más tarde se negaron a hacer lo mismo con uno de los máximos representantes de la gran corrupción del antiguo régimen – el senador y líder sindical de PEMEX, Ricardo Aldana, responsable de una corrupción cuyos montos alcanzan los miles de millones de pesos. Es el PAN el desertor más notable de las filas de la democracia en México.

A raíz del fraude electoral de 1988, se empezó a elaborar en el PAN una estrategia que privilegió los acuerdos políticos con el PRI por encima de la lucha por los antiguos principios democráticos. Sin embargo, es ahora, cuando en el horizonte se dibuja la posibilidad de que el candidato de la izquierda sea el sucesor del “presidente del cambio”, cuando el PAN decidió abiertamente echar por la borda una historia de más medio siglo de fidelidad a sus causas fundacionales, para trocarla por esa ridiculez cuyo punto culminante lo actuaron un par de oscuros asambleístas que consiguieron del fiscal el “billete” por dos mil pesos para que, en un arranque de supuesta “generosidad”, Andrés Manuel fuera consignado ante el juez como primer paso para su inhabilitación política pero no pudiera

**dramatizar lo injusto de su situación ingresando en la cárcel. La maniobra fracasó, pero el intento queda en todo su significado.**

**En 1837 hubo en México una “Guerra de los Pasteles.” La semana pasada, el billete simbólico de la “democracia de dos mil pesos”, constituyó la factura que de aquí en adelante deberá cargarse a la cuenta histórica del PAN.**